

Wallace, Alfred Russel (1823-1913)

Una narración de viajes por el Amazonas y el Río Negro (1853)

.....

Después de los lagartos, es imposible dejar de fijarse en las hormigas. Te sorprenden, con su aparición de tiras de papel, hojas muertas y plumas dotadas de facultades locomotoras; procesiones comprometidas en oscuras operaciones de ingeniería que se extienden por los caminos públicos; cubren las flores que coges o las frutas que arrancas, se extienden por tu mano en tal cantidad que tienes que soltar rápidamente lo que habías cogido. Durante las comidas, se encuentran muy a gusto sobre el mantel de la mesa, en el plato y el azucarero, aunque no en número tal que ofrezcan un impedimento serio a la comida. En estas situaciones, y en muchas otras, las encontrarás; en cada caso de un tipo distinto. Muchas plantas tienen hormigas peculiares de ellas. Sus nidos forman a veces enormes masas negras, de varios pies de diámetro, en las ramas de los árboles. En los senderos de los bosques y jardines, vimos con frecuencia una gigantesca especie negra que anda sola o por parejas y que mide cerca de una pulgada y media de longitud; mientras las hormigas de otras especies, que frecuentan las casas, son tan pequeñas que necesitan una tapadera de caja que se ajuste muy bien para evitar que entren. Son los grandes enemigos de cualquier materia animal muerta, especialmente los insectos y pájaros pequeños. Para secar las muestras de insectos que habíamos conseguido, tuvimos que colgar las cajas que los contenían del techo de la galería; pero aún así un grupo consiguió llegar a ellos descendiendo por la cuerda, momento en que lo sorprendimos, descubriendo que en pocas horas habían destruido varios insectos muy valiosos. Nos informaron entonces de que el aceite de andiroba del país*, que es muy amargo, las mantiene alejadas, y desde entonces, empapando con él la cuerda de la que colgaban las cajas de los insectos, nos hemos visto libres de sus incursiones.

.....

.....

Al volver a casa, M. Bolaz nos invitó a varias frutas excelentes: el berribee, una especie de *Anona* de una agradable carne ácida parecida a las natillas, los frutos tostados del árbol del pan, muy parecidos a las castañas españolas, y plátanos secados al sol, muy parecidos a los higos. La situación de la casa era magnífica, pues teniendo una vista sobre el río hacia las islas del lado opuesto, se hallaba lo bastante elevada para ser seca y saludable. Los bosques húmedos que bordeaban el río eran tan productivos que en ocasiones posteriores nos valimos con frecuencia de la amable invitación de M. Bolaz de visitar sus tierras siempre que lo deseáramos. Como ejemplo de la voracidad de las hormigas, puedo mencionar que tras dejar mi caja de colección en la galería, durante la media hora que duro una conversación, al abrirla para añadir una nueva captura comprobé con horror que estaba infestada de

pequeñas hormigas rojas que habían separado ya las alas de casi una docena de insectos y las arrastraban en diferentes direcciones por la caja; otras se dedicaban al proceso de desmembramiento, mientras otras se habían enterrado ya en los cuerpos más rollizos, donde gozaban de una deliciosa comida. Tuve grandes dificultades para hacerles abandonar su presa, y gané una útil experiencia a expensas de la mitad de las capturas del fructífero día, incluyendo algunas de las espléndidas *Epicalias*, que yo tanto apreciaba.

.....

.....

Entre las cosas curiosas con las que nos encontramos en los bosques están los grandes montones de tierra y arena, que se hallan a veces junto al camino, pero otras veces se extienden cruzando el sendero, por lo que el viandante tiene que subir y bajar (variedad que resulta agradable en este país tan plano), pareciendo como si alguna "Compañía de Ferrocarril Directo entre Perú y Pará" hubiera comenzado sus operaciones. Estos montones tienen a menudo treinta o cuarenta pies de longitud, por diez o quince de anchura y aproximadamente tres o cuatro pies de altura; pero no son el resultado del trabajo de los obreros del ferrocarril, sino que se deben a la industria de un insecto nativo, la temida hormiga saüba. Este insecto tiene un color rojo claro, un tamaño semejante a la mayor de las especies inglesas, la hormiga de la madera, pero con mandíbulas mucho más poderosas. Causa un gran daño a los árboles jóvenes y a veces los dejan sin hojas en una sola noche. A menudo vemos, cruzando apresuradamente los senderos, filas de pequeñas hojas verdes; son las saübas, cada una con un trozo de hoja cortado con la misma exactitud como si lo hubiera hecho con tijeras, y ocultando totalmente su cuerpo de la vista. El naranjo se ve muy atacado por ellas, por lo que en nuestro jardín los árboles jóvenes se plantaban en el centro de una vasija de barro en forma de anillo que se llenaba totalmente de agua rodeando al tallo, para impedir que las hormigas los alcanzasen. Algunos lugares están tan infestados por ellas que es inútil plantar nada. No se conoce ningún medio de destruirlas, siendo su número inmenso, como puede apreciarse fácilmente por las grandes cantidades de tierra que mueven.

.....

.....

Los zorzales hormigueros forman otro grupo muy relacionado con el anterior y son igualmente abundantes. Tienen las patas más fuertes y unas colas muy cortas, caminan más por el suelo, cazando insectos, especialmente hormigas, de un modo muy semejante a como lo hacen las aves de corral. Cuando se mata uno suele ser peligroso ir a cogerlo, pues generalmente en el suelo hay un enjambre de hormigas que atacan al intruso implacablemente con aguijones y mandíbulas. En numerosas ocasiones, tras un intento fallido, me he visto obligado a dejar el cuerpo muerto en el suelo y batirme en deshonrosa retirada.

.....

.....

Finalmente, tras haber remado unas ocho horas, salimos de nuevo a las anchas aguas de Solimoes. ¡Cómo brilla el sol! ¡Con qué alegría fluye el río! ¡Qué agradable era ver de nuevo las islas de hierbas flotantes, y los enormes troncos y árboles, con su carga de gaviotas sentadas gravemente sobre ellos! Estas, junto con las umboobas (*Cecropia*), de ramas dispersas y de hojas blancas, dan al Amazonas un aspecto muy distinto del Río Negro, con independencia del distinto color de sus aguas. Sin embargo, ahora no había tierra a nuestro alcance, y temimos que tuviéramos que cenar farinha y agua, pero por suerte encontramos un enorme tronco flotante firmemente amarrado en medio de un poco de hierba cerca de la orilla, y sobre él, con ayuda de algunas ramitas secas, hicimos pronto un fuego, asamos nuestro pescado y hervimos un poco de café. Pero habíamos invadido una colonia de hormigas de las que pican, y como no les gustaba la vecindad del fuego, y tampoco eligieron el agua, treparon en gran número a nuestra canoa y nos hicieron pagar la cena de un modo muy desagradable. El anochecer llegó pronto y teníamos que acampar para la noche; pero los mosquitos manifestaron su presencia y yacimos tendidos incómoda y desasosegadamente hasta la mañana.

.....

.....

Sólo podíamos avanzar tirando de los arbustos, plantas reptantes y ramas de los árboles que cubrían el margen del río, ahora que casi todas las tierras adyacentes estaban inundadas en mayor o menor medida. Al día siguiente cortamos unas pértigas en forma de ganchos, mediante las cuales podíamos halar y empujar en los puntos difíciles, lo que resultaba más ventajoso. En ocasiones teníamos que avanzar así durante millas, mientras la canoa se llenaba y nosotros nos cubríamos de hormigas, que mordían y picaban, de cincuenta especies diferentes, cada una de las cuales produce su efecto peculiar, desde un cosquilleo suave a un agudo pinchazo; cuando se enmarañaban en nuestros cabellos y barbas, y recorrían todas las partes del cuerpo bajo nuestras ropas, no resultaban unos compañeros muy agradables. A veces encontrábamos también enjambres de avispas cuyos nidos se hallaban ocultos entre las hojas, que atacaban siempre del modo más furioso a los intrusos. Los cuerpos desnudos de los indios no ofrecían defensa alguna contra sus aguijones, por lo que varias veces ellos sufrieron unas consecuencias a las que nosotros escapamos. No son éstos los únicos inconvenientes de viajar corriente arriba durante la creciente, pues como todas las orillas del río se hallan inundadas, sólo en alguna punta rocosa que sobresale por encima del nivel del agua se puede hacer un fuego. Y como esos puntos son escasos y alejados entre sí, con frecuencia teníamos que pasar todo el día a base de farña y agua, junto con un trozo de pescado frío o una *pacova* [banana], si éramos lo bastante afortunados para tener alguna. Todos estos puntos, o lugares para dormir, son bien conocidos por los comerciantes del río, por lo que siempre que llegábamos a uno, a cualquier hora del día o de la noche, nos deteníamos para hacer café y descansar un poco, sabiendo que sólo llegaríamos a otro tras ocho o diez horas de remar o tirar de la canoa con duros esfuerzos.

.....

.....

El alimento principal de estos indios es el pescado, y cuando no obtienen éste ni cazan, hierven algunos pimientos en los que untan su pan. En varios lugares donde nos detuvimos, ofrecieron esto a nuestros hombres, quienes comieron con gusto un alimento tan picante. También abundan los ñames y boniatos, que forman con los *pacovas* un importante elemento de sus reservas de comestibles. Tienen también unas bebidas deliciosas hechas con los frutos de las palmeras *assaí*, *baccába* y *patawá*, así como varios otros frutos.

Las grandes *saübas* y las hormigas blancas son un lujo ocasional, y cuando no queda nada, en la estación húmeda, comen grandes lombrices de tierra, los cuales, cuando la tierra en la que viven queda inundada, suben a los árboles y habitan en las hojas ahuecadas de una especie de *Tillandsia*, en donde se reúnen por miles. No es sólo el hambre lo que les hace comer este gusano, pues a veces lo hierven con el pescado para darle un sabor extra.

.....